ESCRITORES ESPAÑOLES EXILIADOS EN FRANCIA.
AGUSTÍN-GÓMEZ ARCOS

CENSURA, EXILIO Y BILINGÜISMO. UN LARGO CAMINO HACIA LA LIBERTAD DE EXPRESION

Agustín Gómez-Arcos
Escritor

Instituto de Estudios Almerienses
1992

CENSURA, EXILIO Y BILINGÜISMO. UN LARGO CAMINO HACIA LA LIBERTAD DE EXPRESION

Agustín Gómez-Arcos
Escritor

Para ganar la libertad, para ejercerla, ¿qué no harían los hombres? Preguntádselo al esclavo, al oprimido, al creador: ellos conocen la respuesta.

En democracia, parece inapropiado hablar de libertad, insistir sobre el tema. Inapropiado y absurdo. De la misma manera que la dictadura engendra opresión, se supone que la democracia genera libertad. Un postulado. Y hasta puede que una definición. Una verdad indiscutible, en suma... pero sólo hasta cierto punto, como todas las verdades indiscutibles. Y es que, mirado con ojos de creador (ojos que tienen el vicio de mirar más allá de lo humano y de lo divino, de lo político, de lo social e incluso de lo moral), la democracia termina irremediablemente por producir conformismo, esa especie de libertad castrada que algunos llaman "confort intelectual", mientras que la opresión engendra, tarde o temprano, rebelión.

¿Quién, entre los artistas, se atrevería a negar que la rebelión contiene más fuerza creadora que el conformismo? Únicamente aquellos a quienes no les urge cambiar el mundo, aquellos que se adaptan a reglas libremente escogidas, sin preguntarse un solo instante si esa libertad de escoger no estaba de antemano manipulada. La fuerza creadora del rebelde es mucho más profunda, más desestabilizadora, ya que posee una carga ideológica que la simple estética desconoce o ignora.

Generalmente producto directo de la censura y del exilio, el bilingüismo en el escritor, tal como yo lo concibo, no es un "parti-pris" elitista o estético,

sino un puro acto de rebelión, un salto en el vacío, cuya peligrosidad me parece doblemente acentuada por la virginidad del instrumento que se emplea (una lengua distinta de la materna) y por el público al que va dirigido, que no es lo que se suele llamar un *público natural,* es decir, un público compuesto por lectores que funcionan con los mismos signos lingüísticos de comunicación que el propio escritor. Esta peligrosa aventura de escribir en una lengua extranjera (una lengua en la que difícilmente se puede ser profesor y que te obliga siempre a ser alumno, y, por lo tanto, culpable de todo tipo de desmanes, de agresiones contra la propiedad ajena), esta peligrosa aventura, repito, es, a mi entender, el acto de rebeldía más excitante, más enriquecedor que el escritor puede perpetrar, obligándole a ser doblemente consciente, y doblemente responsable, de su voluntaria libertad de expresión. Resumo: la censura crea exilio, el exilio crea bilingüismo y el bilingüismo libertad de expresión. O, al menos, su imperiosa necesidad. En ciertos casos (y permítanme aquí ponerme como ejemplo), esta libertad primordial, conseguida con duro esfuerzo, adquiere además una cierta connotación libertaria. Nada más natural: al no provenirte de la cuna, o de una infancia de colegios caros y pensionados extranjeros, esta nueva riqueza que no te estaba destinada se adquiere casi a dentelladas, luchando contra gran número de dificultades, inherentes las unas a la lengua que se está aprendiendo, las otras al propio bagaje cultural, que imprime caracter; así, este aprendizaje se transforma poco a poco en un auténtico acto bélico, una guerra que hay que ganar por encima de todo, guerra en la que los enemigos no están únicamente frente a tí, defendiendo celosamente las virtudes de la lengua que invades, sino que se encuentran también en retaguardia, en todo aquello (hombres e instituciones) que, no contento con haberte expulsado de tu propia lengua, se ensaña en acusarte de haberla tracionado. Como si estuvieras cometiendo adulterio con una lengua que no es la tuya, tu "lengua legítima". Para ellos, tu acto de libertad es ilícito y, por consecuente, sin valor. Esta libertad de expresión, se convierte en libertad furtiva, en libertad ilegal, y su calidad (literaria o humana) queda cuestionada por el mero hecho de producirse fuera de la norma. Es una libertad fuera de la ley. Una libertad paria, o apátrida.

Personalmente, he escrito y publicado hasta hoy diez novelas en lengua francesa; buena o mala (aunque traducida en varios idiomas), esta obra, para mi país es como si no existiera; la reciente democracia española la ignora y la rechaza, como si se tratara de un hijo espúreo o (he llegado a

pensarlo algunas veces) de una acción terrorista contra la tierra que me vio nacer y cuya nacionalidad conservo con orgullo. Como si mi pasado y mi memoria no me perteneciesen, o que fuesen, antes que míos, un patrimonio común a mis compatriotas que yo he tenido la osadía de expresar en lengua extranjera.

Hablemos pues de la libertad de expresión en democracia, así como de su engendro: esa censura solapada y cotidiana que, por no ser oficial, "n'ose pas dire son nom". En ciertos casos, como el mío, la memoria es la clave de esta repulsa generalizada. La libertad de recordar y de contar se convierte automáticamente en libertinaje. Y si esta libertad se ejerce en el exilio, o en una lengua de exilio, los recuerdos que desvela pierden legitimidad, transformándose en actos de agresión al nuevo orden, un orden que, si juzgamos por su celo en ocultar la historia, en minimizarla e incluso en borrarla, aparece como hermano gemelo del antiguo. Sólo que aquél, el antiguo, se llamaba "orden dictatorial", y éste, el nuevo, se llama "orden democrático". Al igual que la dictadura, la democracia es maestra en el arte de trucar las palabras, de vaciarlas de contenido, de hacer de ellas otros tantos elementos de un montaje oportunista, sustrayéndoles su verdadero sentido. En corto: hablan los mismos, y hablan de la misma manera. La palabra rebelde, la palabra en constante rebelión, sigue sin tener derecho a la ciudadanía.

Por eso es esencial que existan tantas formas orales de expresión, tantos signos de comunicación con forma de lenguaje. Sin duda la naturaleza humana, con el fin de sobrevivirse, de defenderse de sí misma y de su capacidad de engendrar opresión, de realizarse como proyecto fuera de los límites (y de las leyes) de la caverna y de la jungla, ha inventado lenguas, clamores y gritos diferentes, susceptibles de escapar a todo intento de hegemonía o totalitarismo planetario, a toda tentativa de dominio por medio del lenguaje.

El bilingüismo podría ser la metáfora de esa necesidad de libre expresión inherente al acto de la escritura. La adquisición de otra lengua añade un material suplementario al que ya se poseía, lo enriquece y lo distancia, lo desnuda de localismo, de folklore, lo transforma en materia de comunicación por encima de las barreras lingüísticas, lo universaliza. No habrá censura suficientemente fuerte para amordazar o castrar al escritor mientras éste posea la capacidad de aprender y, en consecuencia, apropiarse ese instrumento de libertad que es una segunda, una tercera lengua. Regímenes de todo tipo han demostrado que la prisión del monolingüismo es mucho más

destructiva para los escritores que las otras prisiones, las reales. La censura, por su parte, es uno de los más atroces cautiverios. Descubierta o solapadamente, el acto de censura se produce y se reproduce día tras día en totalitarismo como en democracia. En el primero, una obra considerada subversiva se prohíbe por decreto, en la segunda se silencia por acuerdo tácito: la censura cambia de máscara, pero no de cometido. Para el que ama la libertad de expresión, una de las pocas salidas que existen es capear el temporal, con el riesgo de autocensurarse; otra, adquirir un nuevo instrumento de comunicación. La segunda lengua es este instrumento. La segunda lengua te infunde fuerzas para gritar aquello que la lengua materna te prohíbe, ofreciéndote al mismo tiempo una riqueza inesperada, casi inconmensurable: la de expresar lo inexpresable. Un estado perenne de levitación.

El día en que la lengua francesa puso a mi alcance esta posibilidad fue sin duda el día más pleno de mi vida. Ese día comprendí que nadie en mi propio país, ninguna institución, tendría nunca más el poder de hacerme callar. Sigo sin ser publicado en España. Cierto. Mi voz les es insoportable, o quizás sólo indiferente. Pero se me lee en el mundo, en idiomas muy diversos. Mi convicción profunda es que, por las razones arriba indicadas, continuaría mudo, enmudecido, si no fuese bilingüe.

TEXTOS

Juan I. Ferreras
César Oliva
Santos Sanz Villanueva
Angel Berenguer
Francisco Martínez Navarro
Genara Pulido
Elena Gascón-Vera
José R. Valles Calatrava
Harry Vélez Quiñones
Agustín Gómez-Arcos

EDITOR

José R. Valles Calatrava

DIPUTACION DE ALMERIA
INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES